

CAPÍTULO XI

Continuación de la importante materia tocada
en el capítulo anterior.

Lo dicho: las contravenciones del
órden basado en la moral de las
costumbres, traen irremisiblemente so-
bre el infractor el condigno castigo.

Concha va á ser una de las pruebas
de este aserto.

Antes de descender al fondo de la
disipación, la muger resbala en su pen-
diente y lucha con los restos que le
quedan de pudor.

Sea esto dicho en loor del sexo dé-
bil: el luchar lo disculpa, y cuando me-

nos, esto es un elocuente tributo al principio moral.

Gonzalez, como sabe ya el lector, era un buen muchacho; circunstancia apreciablesima, pero por desgracia insuficiente tratándose del presupuesto económico de Concha.

Sin la insuficiencia monetaria de Gonzalez, Concha lo hubiera amado de veras; y no se crea que esto es paradójico. ¿Qué influencia puede tener el vil metal para convertir en verdadero el amor? se nos preguntará. Pues no hay cosa que suceda con más frecuencia que esta.

Concha entró al mundo filiándose entre las gentes acomodadas, merced á un golpe de fortuna, y concurrió al banquete de los placeres, sin más título que sus hermosos ojos, su talle esbelto y sus bonitos piés; he ahí su capital inmueble.

Concha cobró los réditos y se los pagaron.

Gonzalez, el último de los censatarios, solo entregó dividendos y redujo los pagos, como en tiempo de revolución, á terceras partes.

Nos habíamos propuesto no decirlo, siguiendo nuestro prurito de no hablar mal del prójimo, pero es necesario no callar en esta vez.

Concha tenía algunos pecañillos más.

Antes de conocer á Gonzalez, conoció á un señor natural de Veracruz, munífico por mas señas.

Concha lo consideró tan listo y llano pagador, que se moría de gusto y de cariño.

El de Veracruz tuvo que ausentarse á poco tiempo confiándole á Concha esa quisicosa que con tanta facilidad se traspapela en las ausencias; la fé de los amantes.

Concha vió alejarse al de Veracruz y derramó lágrimas por si fueren útiles y porque le pareció que no es bueno despedirse en seco; acarició las últimas onzas que le quedaban, como el más tierno recuerdo de su amante, y se volvió á quedar sin réditos.

Este es el grave inconveniente de ciertos capitales; los pícaros hombres solemos estar intratables en algunas ocasiones y no parecé sino que ya somos insensibles á los atractivos del sexo hermoso.

Tal pensaba Concha, y más de una vez apostrofó á la raza de Adán, por sus incalificables esquiveces: hasta que encontró á Gonzalez que desempeñó su interinato lo mejor que pudo.

Pero he aquí que retornó el de Veracruz, preguntando por la susodicha fé, que era precisamente la que en aquellos momentos se encontraba tan mal

parada. A la pregunta de la fé, agregó el de Veracruz un progama de futuras esplendideces, y las matemáticas de Concha hilvanaron una operación aritmética que le dió un residuo que se llamaba «Gonzalez.»

Gonzalez acertó aquel día, en su visita cotidiana á estar más expresivo que de costumbre.

Concha hubiera deseado tener un microscopio, para encontrar en Gonzalez algo que le diera motivo de enojo, pero Gonzalez se estaba portando admirablemente.

Concha se fingió celosa.

Gonzalez la satisfizo plenamente.

Dudó de su amor.

Gonzalez le dió pruebas.

Se fingió pobre.

Gonzalez la obsequió.

Se fingió triste.

Gonzalez la hizo reir.

Tanto hizo Concha para desprenderse de Gonzalez, pretextando motivos é inventando pretextos, que Gonzalez conoció que había moros en la costa.

Concha ejercía un dominio absoluto sobre sus glándulas lacrimales. Jamás esta arma femenil tuvo propietaria más pródiga.

Concha sabía dejar caer de sus ojos las lágrimas, como de sus labios las palabras.

Un día dejó caer estas perlas sobre los hombros de Gonzalez.

—¿Qué tienes? le preguntó éste.

—Triste.

—¿Por qué?

—Por mi reputación.

—¿Quién la ataca? señálame al villano y me lo como vivo.

—Eso es lo que yo quiero saber, pero no lo conozco.

—¿Qué lástima!

—Pero me calumnian dicen que soy liviana, que te amo á tí y... á otros.

—Que atrocidad! ¿con qué á otros?

—Sí, á varios.

Gonzalez soltó una carcajada, y exclamó:

—No hagas caso de hablillas; en tu carácter de mujer sola, te verás calumniada constantemente; tu hermosura incita á inventarte amantes.

Al día siguiente, Gonzalez supo lo de el de Veracruz.

—Sigo triste, le dijo Concha.

—Con razón.

—Siguen las habladurías.

—Pobre de tí, ¡qué injusticias!

—Tengo un amigo.

—¿El de Veracruz?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Que han llegado á sus oídos las murmuraciones.

—Lo siento.

—Y eso me aflige horriblemente.

—¿Por qué?

—Porque tal vez lo crea.

—¿No te conoce?

—Sí.

—Pues no debe creerlo.

—¿Y tú.....

—Yo no creo nada, yo sé muy bien que tú eres una santa.

—Pero yo no quisiera que mi amigo el de Veracruz supiera que me amas.

Concha, en el más difícil de los papeles de dama joven, se entregaba en cada palabra; y después de una lucha heroica, en la que llegó á creer que había triunfado, quedándose con el de Veracruz en cambio de Gonzalez, recibió una misiva lacónica y elocuente firmada por sus dos amantes.

Gonzalez respiró libremente, y al volver al hogar doméstico, saborean-

do aún la susodicha compensación que pretendió hallar en Concha, se encontró á Chucho el Ninfo.

Chucho tenía el don de la imperturbabilidad, aun delante de los maridos.

Gonzalez en la reacción de su conciencia creyó acertar manifestándose complaciente y obsequioso.

Angelita pensó lo mismo que Gonzalez.

Y Chucho pensó lo mismo que el matrimonio; de manera que los tres estaban á cual mas cariñosos.

—¿Por qué estás tan alegre? le preguntó Gonzalez á su mujer.

—Porque me ha dado gusto, dijo ésta, que vengas tan temprano.

—¿Qué cosa tan rara! pensó Gonzalez.

—Efectivamente, agregó Chucho, ya se hacía necesaria su presencia de usted aquí, señor Gonzalez; porque á

mí ya se me va agotando el caudal en la conversación, y nos pasamos algunos ratos en silencio; ¿no es verdad, Angelita?

—Cierto; así sucede muchas veces.

Aquellos tres personajes estaban haciéndose sospechosos entre sí á fuerza de amabilidad.

Angelita creía de mal agüero la dulzura de Gonzalez.

Gonzalez encontró á su mujer tan cambiada que creyó que le ocultaba algo.

Y á Chucho le parecía el rugido de la tempestad aquella armonía conyugal.

Gonzalez pensaba con horror en la pena del Tali6n, y Angelita encontraba muy de su gusto que Gonzalez tuviera celos; primero para que su marido no se quedara sin probar ese platillo, y luego porque como al fin

aquello no era más que un santo ardid para evitarle á su hermana Mercedes un desaguisado, Angelita estaba interiormente tranquila y con aire triunfante.

Chucho el Ninfo, entretanto, estaba satisfecho de su obra; le parecía haber llegado al colmo de lo que en lenguaje de pollo se traduce así: *pico largo*.

Para adquirir este honroso título había empleado todos los medios que le sugería su vanidad de calavera, y el ruido que había logrado hacer con sus amores era la aura popular que más le lisonjeaba.

Para Chucho el triunfo era completo desde el momento que sus amores eran públicos; el resultado práctico le importaba poco, lo que Chucho quería era el escándalo.

Tenía la certidumbre de la impunidad y aseguraba que ninguno de los

dos maridos le pediría cuentas de su honra. Para Chucho, el marido era en la sociedad el tipo ridículo más despreciable, y juraba á mil cruces que jamás se casaría.

Mercedes, por otra parte, llevaba ya mucho tiempo de luchar de una manera heroica consigo misma; pero las reacciones de este trabajo ímprobo de su conciencia y su corazón eran funestas. Amaba á Chucho á pesar de todo y cada vez con más ardor: mientras más pensaba arrancar de su corazón aquella imagen que la perseguía, más y más sus pensamientos no eran más que para aquel sér, despreciable para quien lo conociera, pero que para Mercedes era la encarnación de su más bello sueño.

Mercedes comenzó á recibir grandes desaires de sus mejores amigas y á echar de menos á su familia, que casi

se habían retirado completamente de su casa.

Un día recibió la visita de su tía, de la tía á quien le faltaba un ojo; pero quien con el que le quedaba desempeñaba el papel de Argos admirablemente.

Encontró á Mercedes llorando.

—No te pregunto por qué lloras, porque eso todo el mundo lo sabe.

—¡Todo el mundo! exclamó Mercedes sorprendida.

—Sí, todo el mundo; excepto tu marido porque eso es lo que sucede siempre; ya se ve, es el único de quien probablemente se cuidan tú y ese.... señorito, que ha venido á amargar la existencia de tu familia y á alejarte de la estimación de las gentes.

—¿Pero, qué es lo que me está usted diciendo?

—La verdad, sobrina mía, la ver-

dad, porque yo soy así; ya me conoces, tan fea como tan franca, y aunque de nada me escandalizo hay cosas que solo para vistas.

—¿Quiere decir que se habla de mí?

—Y con razón. Lo extraño es que tú no acabes de comprender el papel que estás haciendo.

—Pero nadie tiene razón para despreciarme.

—¿Nadie?

—No, nadie, respondió Mercedes con energía; porque, efectivamente Mercedes no había faltado á sus deberes sino en lo apariencia; pero el público había pronunciado su fallo, y los fallos del público son inapelables.

—De nada te sirve ya esa indignación que manifiestas porque nadie te creerá; el mal está ya hecho, la sociedad te ha juzgado ya; y aunque supongamos, porque yo tambien quiero su-

ponerlo, que eres pura, las gentes hablan y aseguran todo lo contrario.— Ya se ve el señorito no se para en pintas, y no solo, sino que hace alarde de sus vicios; te digo que debe quererte mucho el hombre que primero te roba la honra y la tranquilidad para que una vez perdida nada te quede que sacrificarle.

—Pues jure usted tía, jure usted como yo, que una y mil veces he rechazado este amor; jure usted que no he faltado á mis deberes; jure usted que seguiré luchando hasta conmigo misma para no tener jamás de que avergonzarme. Atienda usted á que lucho sola porque todos me han abandonado, y porque en medio de mi tribulación y mi aislamiento no tengo ni un consuelo, ni una esperanza por parte de los míos: en todos leo las señales de la desaprobación, y veo que huyen de mí

como de una apestada; y sin embargo, que lo diga él mismo, lo desafío á que me sostenga que soy su amante, y si tal dice mentira; pero no..... no lo dice, ni puede decirlo nunca. Dígale usted á la sociedad, dígale usted á mis padres que no me condenen, que todavía soy pura, que todavía soy digna de su estimación. Y ya lo ve usted, hasta mi marido me abandona; si él hubiera estado de mi lado, yo no me hubiera separado de su vista; yo le hubiera hecho protestas de amor delante del hombre que me roba el honor y me arrebató para siempre la tranquilidad solo porque soy impotente contra sus persecuciones. Rehabílitame usted, señora; rehabílitame usted y no me abandone como todos, porque me faltarán las fuerzas para luchar por más tiempo. Que más puedo hacer que imponerme el más penoso de los sacrificios?

porque sépalo usted todo de una vez para que me condene ó me absuelva, y entoces me ampare: sépalo usted, señora, mi corazón está virgen de amor, soy casada, pero jamás he amado á mi marido, ni tampoco he sido nunca amada por él, y mi primer amor, el único sér que ha sido capaz de inspirarme una pasión que me mata, es Chucho. Yo no se si lo que él hace es efecto de su amor; tal vez es imprudente pero es tan jóven que no mide el tamaño de sus indiscreciones. Hasta hoy no le he confesado mi amor; el insiste y arrostra por todo, y yo sé muy bien que la única manera de conseguir su discreción y su prudencia, es ceder á sus deseos: si yo le hubiera correspondido, nadie sabría nada, obraríamos de acuerdo, y sería yo criminal, es cierto, pero conservaría el aprecio de las gentes; pero mi repulsa, mis negativas,

mi obstinación en no faltar á mi fe de esposa, obliga á Chucho ya que no le doy mi amor á robarse mi honra, ¿y á que precio puedo rescatarla si aun es tiempo? ¡Ah! yo he preferido mi conciencia á mi honra: si hubiera sacrificado mi pureza me hubiera salvado; mientras que hoy, el cumplimiento de mis deberes me ha perdido ¿Qué debo hacer para rehabilitarme? ilumíname usted, y en lugar de reprocharme; como todos, mi conducta, compadézcame usted, señora, se lo ruego. Tal vez mi padre me desprecia, y mis amigas se avergüenzan de venir á verme, todo porque he luchado. Dígales usted, señora; dígales usted, por Dios, que aun soy pura, que me salven, que me salven!...

La tuerta tía, en cambio del ojo que hacia tiempo le había cerrado la suerte, abría desmesuradamente el otro

y estaba en aquellos momentos petrificada sobre la silla como de modelo fotográfico.

Hubo una larga pausa, durante la cual, Mercedes virtió abundantes lágrimas; y la tía no sabiendo que partido tomar en una situación tan difícil, se propuso ponerlo todo en conocimiento de doña Rosario, su hermana, para que con los consejos de algún sacerdote se tomara el partido y la resolución más conveniente.

—Vengo muriéndome, la dijo á doña Rosario, entrando en la casa.

—¿Por qué?

—Vengo de ver á Mercedes, tu hija, que me ha partido el corazón.

—¿Pues qué pasa de nuevo?

—De nuevo nada.

—¿Pues entónces?

—Figúrate que si no todo, parte de lo que nos han contado y de los rumores que circulan es falso.

—¿Como es eso?

—Que... dice que... pues dice que no le ha correspondido á Chucho.

—¿Y tú lo has creído?

—Yo sí; y si tú no lo crees, es porque no la has oído, porque no has visto como yo sus lágrimas, porque no te ha dicho las cosas que á mí, que me han partido el alma.

Y el ojo de la tía destiló una gruesa lágrima que valía por dos.

—¿Pues que será bueno hacer? preguntó doña Rosario toda temblorosa y conmovida.

—Yo creo que será bueno consultar el negocio con el padre Martínez que ya la ha confesado; y aunque el padre Martínez nos ha echado tierra, yo creo que si le ocupamos en este asunto que tanto nos afecta, se apresurará á venir y nos servirá como siempre.

—Tienes razón. Pues que vayan á llamar al padre Martínez.

—Mejor iré yo en un coche y lo traigo.

—Me parece bien, corre.

—Hasta luego.

Y la tía desapareció.

Doña Rosario aprovechándose de la ausencia de D. Pedro María, encendió todas las velas de cera que había en la casa, y anunció á las criadas que aquella misma noche se iba á *andar* la novena de la Purísima.

Poco tardó la tuerta en volver con el padre Martínez.

—Nada de sentimientos, padre Martínez, que en las tribulaciones no hay para que acordarse de lo pasado; ahora se trata de la pobrecita de mi hija, que pide á gritos que la salven.

—¿De qué mi señora? ¿Pues que le ha sucedido? ¿De qué está enferma?

—No, no está enferma.

—¿Pues qué tiene?

—Tiene al diablo, padre Martinez, al diablo en persona, que ya sabe usted como se ha empeñado el enemigo malo en hacerme desgraciada á mi hija de mi corazón, que es una compasión verla como llora. Aquí nos contaron, pero ya conoce usted á las gentes, padre Martinez, como abultan, y de una esquina á otra ni quien conozca las noticias...

—Pero en fin ¿qué se dice?

—Nos contaron... en fin que mi hija se había perdido.

—¡Ave María Purísima!

—Quiero decir, que tenía un amante.

—Y no es cierto, por supuesto.

—Vea usted el amante existe pero mi hija no lo quiere.

—Pues entonces estamos bien.

—No, padre Martinez, estamos mal,

porque aunque mi hija no lo quiere, las gentes lo creen así y en el público se dicen unas cosas para taparse los oídos.

—Y bien, ¿qué es lo que usted piensa?

—Eso es lo que queremos que usted haga, pensar en lo que será conveniente.

—Pero está usted segura de que Merceditas?...

—Ahí está mi hermana que le impondrá á usted, ella está al tanto de todo lo que pasa.

—Hable usted, mi señora, le dijo el padre Martinez á la tuerta.

Esta le hizo una relación circunstanciada de los acontecimientos y de la disposición moral de Mercedes.

—Me ocurre una idea luminosa, dijo el padre Martinez.

—¿Cuál?

—A ver? dijo la tuerta.

—Traigo en la bolsa una boleta de ejercicios para una hija mía de confesión que debe entrar mañana, no le he puesto todavía el nombre á la boleta y...

—¡Magnífico! exclamó doña Rosario.

—Efectivamente es una idea luminosa, dijo la tuerta.

—¿Con qué mañana?

—Mañana.

—¿Pero Mercedes se prestará? dijo la tía.


—Según dicen, la pobre de mi hija está dispuesta á todo.

—Sí.

—Pues entonces...

—Yo me encargo de preguntarle, voy en el coche á consultar su voluntad y vuelvo.

Veamos entre tanto lo que pasaba con Angelita.



CAPÍTULO XII.

De la manera con que Chucho el Ninfo se cubre de Gloria.

HUBO un veranito en la casa de Gonzalez, pero este verano era el precursor de la tempestad.

Gonzalez, arrepentido interiormente de su infidelidad y encontrando en la afabilidad de Angelita un tierno llamamiento al orden, se propuso buscar la paz y el bienestar en la única fuente posible para un casado: en el hogar doméstico.

Inauguraron la paz con un almuerzo al que concurrieron la familia de An-